

de salida de la confusión es el quedarse inmóvil, ya que la angustia que surge en ellos es similar a la de alguien que encerrado en una habitación oscura presiente que hay una persona, sin poder detectar si es temible o tranquilizante. Es importante que señale, en este momento, que esa fascinación que menciono anteriormente hace referencia a, ni más ni menos, la producida por la personalidad plástica del drogadicto, producto de la confusión. La droga, intento de individualizarse, si bien se inicia en grupos, pues eso se valora y practica. La ansiedad necesaria para llegar a un objetivo no la toleran, haciendo referencia a las "esclavitudes de la tierra" de las cuales intentan liberarse. Este momento en la evolución de la personalidad es el más regresivo, cuando se produce en estado puro: coma del ataque epiléptico, con movimientos involuntarios. En menor grado: obnubilación, desorientación témporo-espacial, delirios oníricos con actividades motoras, por ej.: *delirium tremens* de las psicosis confusionales de los alcohólicos. Es necesario que a lo largo de un proceso psicoterapéutico atraviese por momentos de: tristeza, agresión. Es importante tener en cuenta el orden de su aparición, pues no es lo mismo el peligro de suicidio que un delirio persecutorio, en lo que se refiere a las medidas necesarias a tomar.

La psicopatología vincular, elegida por mí, recuerda la necesidad de que el terapeuta conozca su propia psicopatología, sus escenas temidas, para evitar enloquecer, como el convertirse en factor iatrogénico o inútil, además de para ajustar el diagnóstico y pronóstico.

Ocupa un lugar primordial el medio ambiente, ya que el odio, los instintos de muerte, como la corrupción o explotación que recibe, los devuelve a través de sus *acting*, en cuanto es un depositario ideal. Así luego construye más defensas por los castigos recibidos. Necesita figuras que sean mediatizadoras en la internalización de normas.

Utiliza el ascetismo y la intelectualización; realiza cortes, quemaduras, etc. en su cuerpo, mediatizando la actuación sobre lo externo, ya que ésta es comunicación con el exterior.

Es común que sea un impostor, tiene facilidad para asumir varios roles al mismo tiempo, ha recibido pseudo-identificaciones cambiantes; necesita códigos muy estrictos, que le permitan cohesionarse ante el mundo.

Quizás, por este camino, podamos entender cómo una sociedad ante la imposibilidad de atravesar un estado depresivo, resultante de sus contradicciones y conflictos, para tomar conciencia de los mismos, se defiende apelando a su vez a determinadas actuaciones. Una de ellas es el fomento y segregación de la drogadicción.

"Hoy les traficamos drogas y mañana los sancionamos por estar drogados".

Elsa Marina di Palma
Licenciada en Psicología



EL FOLKLORE: MITO Y EXIGENCIA

El renacimiento de la canción folklórica en diversos países y regiones ha ido de la mano del desarrollo de una conciencia sobre las propias peculiaridades y sobre la propia identidad. El redescubrimiento de la canción surgida del pueblo se ha añadido a aquellos otros elementos que encierran la historia, el paisaje, el habla o las costumbres. En general este renacimiento puede calificarse de positivo. En regiones con un rico folklore, con una canción popular de altos valores artísticos, el hecho ha servido para que grupos de hoy tomen temas muchas veces olvidados y los inserten casi de una manera viva en el acervo de la música popular, de la música integrada en los valores colectivos. Afortunadamente, son muchos los casos de grupos musicales que han sabido tomar lo que había realmente de recuperable en un patrimonio que se iba perdiendo.

Sin embargo, en este intento de reavivar las antiguas canciones folklóricas se ha llegado a extremos verdaderamente exagerados e inasumibles. En este sentido el folklore parece haber alcanzado entre algunos la categoría de un mito, de algo por su propia esencia indiscutible y que hay que admirar indiscriminadamente. Basta que una señora, acompañándose de un pandero, desgrane unas incoherentes notas y recitados que aprendió de sus abuelos para que ciertos folkloristas queden boquiabiertos como si escucharan una pristine revelación del arte; basta que un señor haga sonar una flauta a la usanza de sus antepasados para que le adjudiquemos

automáticamente una valoración artística —no etnológica— que su canción o música concretas no posee. Es como si, por dar un ejemplo, en el campo de las artes plásticas, tomáramos como buena cualquier pintura simplemente por haber sido realizada hace doscientos o trescientos años. Evidentemente, en este campo, de las artes plásticas todos conocemos y compartimos una escala de valores estéticos que implican un criterio selectivo que determina la aceptación o no de una escultura o de una pintura antigua como auténticas obras de arte. Con todas las matizaciones que se quieran, un criterio semejante ha de aplicarse al campo de la canción folklórica, de la misma forma que se aplica a la música culta. No todo lo antiguo tiene un valor por el mero hecho de su antigüedad.

El folklore, la música surgida del alma colectiva, tiene unos valores y una fuerza interior insuperables. Pero no todas las coplas, recitados y cantos antiguos han de medirse con el mismo rasero. Apliquemos también al folklore el sentido crítico que en general aplicamos a otras manifestaciones y demandemos de su utilización como arte las exigencias que también generalmente planteamos en el campo de la música. Hemos de distinguir la visión etnográfica y la visión artística en todo un mundo sugerente —el de la canción popular— que ha aportado una gran riqueza a las manifestaciones colectivas en la danza, el canto y la música de todos los países del globo.

A. H. P.